

ABBAS GENERALIS

Prot. N° 96/AG/05

Roma, 12 de Octubre de 1996

NUESTROS HERMANOS DE ATLAS III

Testigos luminosos de una esperanza: una historia que es vuestra y nuestra.

Queridos Hermanos y Hermanas:

Tres días después de la muerte martirial de nuestros siete Hermanos recibí una carta de D. Ignacio Gillet, nuestro antiguo Abad General. En ella me decía respecto a los acontecimientos vividos: "*También en nuestros monasterios hay como una corriente que pasa... y yo mismo siento claramente que ya no soy el mismo*". Estas palabras, escritas por un anciano de 95 años y que ha conocido la Orden como pocos, tienen un peso y un alcance muy especial.

En efecto, una corriente impetuosa de testimonio evangélico ha sacudido a la Orden durante los últimos meses. Corriente de vida que anima y vivifica, despierta y espabila y nos envía al primer amor. Yo también me he sentido sacudido y vivificado. Puedo también decir con D. Ignacio: siento que ya no soy el mismo, soy 50 años más viejo y 103 años más joven...

Deseo volver en esta carta a la gracia que nos han mediado nuestros Hermanos, nuestros testigos en el Testigo, nuestros mediadores en el Mediador. El guardar memoria de lo acontecido nos ayudará a reconocer la bondad y el poder del único Señor de la historia, nos ayudará a convertir nuestros corazones según sus sentimientos.

Remontemos, entonces, el curso de los años. Dejemos que el Señor nos hable a través de los hechos; leyendo con fe la historia, ésta se nos desvelará como historia de salvación. Que nuestros Hermanos, los que aún peregrinan junto a nosotros y los que nos esperan en el Reino, tomen la palabra, nos expongan y nos iluminen lo acontecido.

UN PRÓLOGO NECESARIO

Una historia que no comenzó ayer

El 5 de Julio de 1830 la flota francesa desembarca y conquista militarmente el territorio argelino. Muy pronto viene anexado a la Francia metropolitana. Gran número de colonos franceses emigran al territorio argelino. Trece años más tarde, en 1843, un grupo de doce monjes de Aiguebelle se instala en Staouéli, al oeste de Argel; la aventura cisterciense recomienza así en el Africa.

Nuestra Señora de Atlas, fundada en 1934 por la Abadía de Ntra. Sra. de la Liberación, después de algunos ensayos infructuosos, se establece definitivamente en Tibhirine bajo la paternidad de Aiguebelle.

En 1938 Ferhat Abbas funda la "Unión Popular Argelina", movimiento independentista que propicia la personalidad árabe de Argelia. Cinco años más tarde, en 1943, Ferhat Abbas solicita al Gobernador francés el reconocimiento de un estado argelino independiente y soberano. La negativa francesa da lugar a la oposición abierta. Después de la II Guerra mundial, en 1945, Francia intenta aplastar todo intento de independencia en Argelia.

A partir de 1954 comienza la guerra de oposición a Francia capitaneada por Ben Bellá, Ait Ahmed y Mohammed Kedir... En Julio de 1959 el P. Mathieu y el Hno. Luc son raptados y dejados en libertad ocho días más tarde...

La firma de la independencia de Argelia tuvo lugar el 18 de Marzo de 1962 y la proclamación oficial el 3 de Julio del mismo año. El 8 de Septiembre Ben Bellá del Frente de Liberación Nacional (FLN) es elegido presidente del país.

La crónica de la Abadía de Atlas para el año 1965 cuenta cómo el año precedente se había casi decidido la clausura del monasterio. En efecto, el Capítulo General reunido en Enero de 1964 había sentenciado: "El *Reverendissime* y la Asamblea se alegrarían si un monasterio de la Orden se ofreciera para retomar y refundar Atlas. Caso contrario habrá que decidir el cierre de la casa, tal como ya lo ha decidido en principio el Definitorio". S.E. Mons. Duval se opuso y opone tenazmente. Su confianza es ilimitada: «*El desierto florecerá*», había escrito al Abad de Timadeuc, quien había decidido enviar personal a la abadía. Y el día 29 de octubre de 1964, visitando la comunidad, Monseñor actualiza su discurso: «*El desierto ha florecido ya*».

El 19 de Junio de 1965 un golpe de estado depone a Ben Bellá y sube al poder un Consejo de la Revolución presidido por el coronel Bumedié, quien es posteriormente elegido presidente. El 27 de Junio de 1976 se proclama la Carta Nacional: Argelia es un país socialista, de religión islámica y de lengua árabe. El 27 de Diciembre de 1978 muere Bumedié. El 31 de Enero de 1979 el Congreso del FLN elige como presidente a Benjedid Chadli, quien a su vez es reelegido en 1984 por sufragio universal.

En los últimos 10 años van creciendo los grupos fundamentalistas y el número de descontentos con la Carta Nacional del 76... Se abre el camino al multipartidismo. El Frente Islámico de Salvación (FIS) obtiene un buen éxito en las elecciones administrativas de Junio del 1990. Ante este éxito el FIS pide elecciones políticas generales, las cuales tendrían lugar para el 27 de Junio de 1991. Diversos desórdenes remiten las elecciones para el 26 de Diciembre: en la primera rueda el FIS obtiene el 24 % de los sufragios. El Ejército interviene para suspender la segunda rueda prevista para el 16 de Junio de 1992: el Presidente Chadli es depuesto, toma el poder la Alta Comisión del Estado (HCE) presidida por Mohamed Boudiaf. El FIS es puesto fuera de la ley y quedan en suspenso todas las actividades políticas. Obligado a vivir en la clandestinidad, el grupo más radical del FIS, el Grupo Islámico Armado (GIA) comienza una cadena inacabada de actos terroristas: el 29 de Junio de 1992 es asesinado Boudiaf...

UNA VISITA NAVIDEÑA NO TOTALMENTE INESPERADA

De nacimiento en nacimiento

Era el 17 de Enero de 1994. Entre las numerosas cartas llegadas esa mañana, un sobre grande con sellos de Argelia; sobre el mismo, la diminuta escritura del P. Christian. Abro y leo:

Querido Padre y hermano Bernardo: Aquí te adjunto todo un dossier para completar los acontecimientos. Era difícil ponerme en contacto con la Casa Generalicia para decir las cosas. Y todo sucedió muy rápidamente, aún nuestras propias "preferencias" comunitarias. Hubo

inclusive, después de la "visita" la noche de Navidad, una reacción de "huida" inmediata, perfectamente comprensible. Yo me encontraba, quizás, en mejor posición para saber que si había una amenaza ella pesaba ante todo sobre mí (Yo era y soy la "contraseña" : ¡un verdadero acierto!). No pienso que en lo inmediato la comunidad en su conjunto corra el riesgo de seguir la suerte atroz de nuestros amigos de Tamesguida. Pero ¿cómo no guardar en el corazón lo que les sucedió? Ahora hay una calma real... una paz traída por el Niño y su Madre. Junto también con esa esperanza que los vecinos ponen en nuestra presencia "entre los dos" (entre los hermanos de la llanura y los de la montaña).

Efectivamente, junto con la carta manuscrita había varias otras hojas tituladas:

-Cronología de los acontecimientos.

-La situación... el 5 de Enero de 1994 (a las 06:00 hs.). -Votos comunitarios, 31 de Diciembre de 1993 (confidencial).

-Hno. Christian de Chergé, Prior del monasterio de Tibhirine, al Señor Prefecto de Medea, 30 de Diciembre de 1993.

-Relación del Hno. Christophe.

Comprendo al instante que algo importante ha acontecido. Algo esperadamente inesperado. Tomo el teléfono y me pongo en comunicación con Christian. Con voz tranquila me explica lo sucedido. Siento que algo nuevo ha comenzado en Ntra. Sra. de Atlas. Apagada su voz vuelvo a la lectura:

Cronología de los acontecimientos:

-Octubre 1993: Tres agentes del consulado francés fueron tomados como rehenes. Fueron liberados con una amenaza del GIA (Grupo Islámico Armado) dirigida a todos los extranjeros que viven en Argelia: "Tienen un mes para dejar el país". Varias embajadas se tomaron muy en serio la advertencia (Alemania, Bélgica, Gran Bretaña...). Francia no quiere correr el riesgo de perder su presencia en Argelia, pero aconseja prudencia.

-17 Noviembre 1993: El H. Christian es llamado al Despacho del Wali (Prefecto). Le proponen un policía para su seguridad. El rehúsa toda presencia armada. Solamente acepta no abrir más por la noche.

-1 Diciembre 1993: Expira el plazo otorgado a los extranjeros. Enseguida, un español, un francés, una mujer rusa (casada con un argelino), un inglés...son asesinados.

-14 Diciembre 1993: Al caer la noche, 14 (de los 19) ex-Yugoslavos (sobre todo croatas) de un taller, instalados en Tamesguida, (a 4 Km a vuelo de pájaro de nuestro monasterio) son degollados por un comando de unas 50 personas. Dos pudieron escapar milagrosamente de la masacre. Las víctimas fueron escogidas porque cristianos y croatas están sin duda relacionados con el conflicto actual de Bosnia. Los acogíamos cada año en la noche de Navidad y de Pascua. Ha sido un verdadero choc para la comunidad.

-19 Diciembre 1993: El H. Christian es nuevamente convocado a la Wilaya (Prefectura). Entrevista de una hora en el despacho del Wali, celoso por tomar medidas de seguridad para proteger a la comunidad tras la masacre de Tamesguida. Nos sugiere que "tomemos unas vacaciones en Francia"; propone retirarnos por la noche a un "Hotel protegido" de Medea, a cuenta de la Wilaya; insiste en las armas, etc... Medidas poco adecuadas al estado religioso. Sentimientos de que el peligro no será menor...que toda partida provisional en estas condiciones podría ser sin retorno posible; y los vecinos no lo comprenderían. Convenimos en mejorar la línea telefónica (un nuevo número es instalado

en el mismo día)... y estar atentos a las indicaciones del ambiente que nos rodea. Sin muchas ganas cerramos todo mejor y más pronto. Tenemos conciencia de vivir en condiciones bastante excepcionales de "conversatio" monástica. Estamos de acuerdo para evitar lo que el Wali llamó "un suicidio colectivo". Revisamos las razones que nos mueven a permanecer, conscientes de estar en el punto de confluencia de dos grupos que se enfrentan aquí y un poco por todas partes en Occidente y en el Próximo Oriente, evidentemente.

-24 Diciembre 1993: "Ellos" están aquí, hacia las 19,15 hs, tres dentro y otros tres fuera, armados, sin amenazar directamente. Irrumpieron en la hospedería donde se encuentra nuestro sacerdote G.N. y 3 estudiantes africanos con el hospedero: H. Pablo. Piden ver "al Papa del lugar". Uno de ellos se mete en el claustro y comienza a buscar a los hermanos para reunirlos. Dos de ellos se escapan sin ser vistos y permanecerán escondidos hasta Vigilias, temiendo lo peor para los demás. El H. Christian va a la hospedería. Tiene una larga entrevista con el responsable, haciéndole hincapié en que por primera vez han entrado armas en una "casa de paz" donde no hay lugar para ellas. El jefe se muestra tranquilizador en cuanto a sus intenciones presentes y futuras, a condición de que... 1/...2/...3/... El H. Christian le argumenta. "Usted no tiene elección", le contesta el terrorista. No se había dado cuenta que era Navidad. Quedamos confusos. El propósito que tenían era comprometerlos... De hecho era imposible prevenir a las autoridades. Evidentemente fue una Navidad muy particular..

-26 Diciembre 1993: Reunión comunitaria. La mayoría de los hermanos dicen que debemos irnos inmediatamente. Dudamos si tendremos tiempo suficiente para tomar las medidas necesarias para asegurar el futuro. Por unanimidad acordamos que no es moralmente aceptable acceder a la 3ª petición. Podría costarle muy caro a la Iglesia. Sin embargo, uno de los visitantes de Navidad precisó muy bien que el GIA distingue entre "Cristianos" y "extranjeros"...

-27 Diciembre 1993: Nos visita nuestro Arzobispo, el P. Teissier. Situando nuestra comunidad en el conjunto de las otras comunidades, subraya el efecto que nuestra partida brusca tendría para los demás cristianos que están siendo probados. Nos sugiere algo como "progresivo", que facilitaría los pasos a dar con los vecinos y salvaguardaría el porvenir. Pero no quiere influir en la decisión.

-28 Diciembre 1993: La comunidad se adhiere a la fórmula del Obispo. Tres hermanos se irán de momento por razones de salud o de estudios. Los otros prepararán la marcha... Por la noche, el obispo decide prevenir al Wali de que alguna cosa...

-29 Diciembre 1993: El H. Christian es convocado a la Wilaya. Carta severa del Wali recordando la necesidad de tomar medidas de seguridad y de deponer su responsabilidad. Exige respuesta.

-30 Diciembre 1993: Respuesta de la comunidad al Wali.

-31 Diciembre: Se toman una serie de votos conventuales para intentar esclarecer qué caminos tomar y qué hacer en adelante. Consenso muy fuerte en rehusar la "colaboración", en una fórmula "progresiva", dejando abierta la posibilidad de permanecer, si nada lo impide. Ignoramos lo que podría pedirnos "el enviado" anunciado. Nos gustaría también permanecer juntos y preparar un retorno a Argelia. La comunidad de Fez sería el punto de unión.

La hoja titulada *La situación llama mi atención*. Leo: 1/,2/,3/,4/,5/,6/ y llego a los párrafos 7/ y 8/:

7/ "A nivel comunitario hemos vivido una experiencia de profunda comunión, momento tras momento, acogiendo las palabras de la oración y las cosas de la vida regular como un verdadero don

de Dios, dictándonos lo que hay que decir y hacer, aquí y ahora. ¡Papel capital desempeñado por el Hno. Luc, médico y anciano!

8/ Durante algunas semanas, seremos 6 en comunidad. La estación permite además este reducido número. La hospedería se cierra por un tiempo. Se puede contar con la ayuda de los socios más directamente ligados a la gestión de las propiedades bajo la responsabilidad del H. Christophe. En lo material, habrá que actuar con estrecheces para hacer concordar las entradas y las salidas, tal como nuestros vecinos...

Mi interés y comprensión crecen con la lectura. Me parece estar en Tibhirine. Ahora es Christophe quien me habla mientras leo su *Relación*:

«Esta Navidad no fue como las otras.

Todo está todavía cargado de sentido.

Como María, guardamos todas estas cosas que nos han sucedido. Continuamos con la conversación que ella inició en su corazón.

El sentido, como una espada, nos traspasa. El Verbo toma esta comunidad de carne y sangre para decir-Se aquí, hoy.

Acabamos de terminar nuestro retiro comunitario con el P. Sansón, S.J. Hubo puntos de examen y de oración. Y cada uno, sin duda, tomó alguna buena resolución.

Yo no tenía otra más que la tuya: resolución de amor confiado. Cada día la recibo...la tomo, la como, la bebo...Este es mi cuerpo entregado por vosotros. Este es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros y por la multitud.

Me encuentro resueltamente viviendo de Él, en Él, con Él.

Estamos en situación de epiclesis.

Aprendo algunas cosas: la escuela del servicio del Señor no toma vacaciones en Navidad. El Niño es nuestro Maestro. Yo aprendo la Iglesia: la gran dicha de un ser, vestido de carne en este cuerpo que dice aquí, y ahora, la Presencia.

Amor que viene...

Esta noche estaban con nosotros, G., nuestro cura, y tres estudiantes africanos. Y esos hombres y mujeres de Croacia y de Bosnia llegados para la Navidad del 91.

Yo aprendo la Iglesia: la veo adornada como una Novia igual que su Esposo, el Siervo Sufriente. Estaba Fernando, un amigo de Saboya.

Estábamos nosotros, cada uno; y los acontecimientos que nos han unido inmensamente, sin eliminar las diferencias. Por la mañana, convenimos que sería una tontería hacer una agenda uniforme para todos. Cada uno ha vivido cosas importantes. Cada uno las interpreta. Cada uno intenta asumirlas. Y además hay un "nosotros" que avanza y crece en gracia y en sabiduría (¡?!). Estamos desplazados, conducidos allí donde nunca hubiéramos podido ir a pesar de toda nuestra religión.

...Grande es el Misterio de la Fe...de la fidelidad más tierna. Si, estoy emocionado de ser miembro de este cuerpo, sin resplandor ni hermosa apariencia.

Henri Teissier, nuestro pastor, ha venido a vernos. Lo primero que ha hecho es presidir el Sacrificio de Alabanza. Después hemos escuchado, nos hemos dejado dilatar a las dimensiones de su inquietud de pastor cuando sus ovejas son amenazadas. Se marchó dejándonos libres en una obediencia que no tenía ante sí ninguna solución evidente. Ha sido necesario también aprender la obediencia conjunta, sin perjuicio de la conciencia de cada uno.

Aprendo también esto, que es un punto sobre el que se ha escrito mucho y yo tenía también mi idea: es la cuestión de los monjes.

Experimento, pues, que está en primer lugar la Iglesia, y nosotros pertenecemos a este cuerpo crístico. Sé muy bien que no somos mejores, ni héroes, ni verdaderamente nada extraordinario. Esto lo siento fuertemente aquí en Tibhirine. Y, además, hay algo de único en nuestra forma de ser Iglesia: reaccionar ante los acontecimientos, esperarlos, vivirlos.

Es una cierta toma de conciencia, como si fuéramos responsables no de algo que hay que hacer, sino de algo que hay que ser aquí, en respuesta de Verdad, en respuesta de Amor. ¿Vislumbramos la eternidad? Hay algo de esto. Ntra. Sra. de Atlas, "signo sobre la montaña", signum in montibus, proclaman nuestros escudos.

Veo que nuestro estilo peculiar de existir -monjes cenobitas- ¡bueno!, resiste, esto se mantiene y nos conserva. Así, para detallar un poco:

El Oficio. Las palabras de los salmos son consistentes, hacen un cuerpo con la situación de violencia, de angustia, de mentira, de injusticia. Sí, hay enemigos. No podemos precipitarnos a decir que los amamos, sin hacer una injuria a la memoria de las víctimas que cada día aumentan en número. ¡Dios Santo, Dios fuerte, date prisa en ayudarnos! ¡Ven a socorrernos!

También recibimos palabras de ánimo, de consuelo, de esperanza, y por eso leer la Escritura es vital. Tiene sentido. Se trata de recibir, de reconocer. Reconocer que se cumple: ¡Tú que vienes! Y hénos aquí cargados de sentido. Se cumple: Amor Crucificado.

Hay alguien cuyo lugar está bien señalado en la Regla de San Benito. Es el Abad. Sí, creemos que te representa a Ti, que das tu vida. Este papel está representado por uno de nosotros. Ha recibido el título singular y legendario de "Señor Christian". Es la palabra de "paso". La palabra de Pascua. Este Señor está en relación con María. "¡Solo, yo, pasaré!" Soledad filial y fraternal junto a la Madre. Misión difícil. Ella está sobre todos y cada uno de nosotros. Estamos un poco agobiados, cansados, con las espaldas hundidas. ¡Nos acostamos más temprano! ¡Pues sí, esto es el trabajo de la fe!

Monjes. Estamos en vías de llegar a serlo un poco más de verdad, según el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Y es aquí: inculturación espiritual. La simbiosis con nuestros vecinos, con el país, nos prepara grandes cosas. Por ejemplo, la mirada de Ali cuando llega la noche y vuelve a su casa, dejándonos hasta el día siguiente, "¡inch'Allah!" Y MA podando un manzano ayer, día de Epifanía, con PH. Y la reunión con los socios para celebrar el año nuevo. MH asumiendo su nueva responsabilidad de encargado adjunto del huerto.

Perdón, pero hay todavía otra cosa: es la comida, y la bebida juntos. ¡Ah, las patatas fritas del médico...concedidas únicamente por encargo, como la miel del colmenar! ¡El H. Luc? Sí, está muy bien. El día 1 de Enero de 1994, inaugurando el año y el mes de sus 80 años, en el refectorio, escuchamos la cinta que guarda para el día de su entierro: Édith Piaf cantando: "¡No, yo no me quejo de nada!"

Releyendo hoy el Diario de Christophe convivo su experiencia de aquel momento:

[25/12/93] Navidad.

«Noche oscura; la Estrella de la mañana ilumina cada rostro. Todos estamos vivos. Y la luz en las tinieblas brilla, y las tinieblas no la han acogido. Basta con tener el poder de llegar a ser hijos de Dios,

*de Dios, aquí engendrados.
¿Qué nos ha sucedido?
Tú, más allá de todo,
El Inesperado revelándonos nuestra sed: ¡oh!, ven.
Sí, yo vengo pronto.
Envueltos en el Acontecimiento, nos basta con seguir la corriente de gracia...»*

Y pocos días más tarde, el último día del año 1993, Christophe escribe:

*«En tus manos, María
en tus manos, Iglesia de Argelia,
yo me entrego al Amor crucificado
que Él me profesa
muy amado,
consagrado en tu:
Yo soy
Camino, Verdad, Vida».*

El 15 de Enero del nuevo año 1994, Christophe se preguntaba y se respondía:

*«¿Dónde está la fidelidad? ¿Quién obedece? El que dice y afirma de inmediato y de sí mismo:
yo no me iré jamás de aquí.*

*O el otro que a dicho: me voy a marchar, y siempre sigue
aquí...*

*perseverando en tu doctrina (Evangelio de hoy aquí)
en el monasterio hasta la muerte
(que se ha hecho cercana y está al acecho),
tomando parte en tus sufrimientos, oh Cristo, nuestra Pascua,
por la paciencia
a fin de merecer
estar en tu Reino
compañeros
eucaristizados,
cristificados.*

*En el monasterio hasta la muerte sí, sí y como quieras, pero no fuera de una fidelidad viva a tu
enseñanza: lo que el Espíritu nos ha dicho en este tiempo de la Iglesia...»*

Y al día siguiente continuaba su meditación:

*«En la noche, he prestado de tu parte este servicio infinito de decir: te perdono. Es que yo sé que
mi cuerpo es para ti y tú para mi cuerpo.*

*No puedo decir si estoy unido a ti; simplemente lloro y suplico no ser jamás separado de ti,
Templo del Soplo que está en mi viniendo del Padre, dado por ti, y yo no me pertenezco: María es en
mí la garante de este despojamiento que en ella fue total, radical. Cerca de ella estoy. Entonces podré
glorificarte con mi cuerpo.*

*Christian, con quien hablé largo rato esta mañana, me habló de su rechazo de imaginar que su
muerte pueda venirle de aquéllos que él ama aquí. Evocó la oración del Hno. Luc en una Eucaristía:
"Señor, dame el poder morir sin odio en el corazón..." y G.B. impregnándose de la frase de Jesús: "Mi
vida, nadie me la quita, soy yo quien la doy". Y G.N.: "3 minutos para decir sí".*

Vine a hablar de lo que pasó el día 24 por la tarde: que fue vivido como una huida, después como una espera, y luego como una subida del abismo.

¿Dónde me has conducido? Quizás para mí se trata de aceptar vivir. Pero, ¿puedes pedirme que acepte la muerte de mis hermanos?.

Los Padres de Jean-Pierre y Amedée son ahora quienes hablan. Armonizo su doble relato para facilitar la lectura. Omito sólo algunos detalles. La distancia del tiempo les permite mayor objetividad, pero no quita emoción y pasión a lo vivido.

«Querido Reverendísimo Padre,

En esta carta [30 julio 1996], le envío el relato de la visita de Sayat-Attya y de su grupo, el 24 de diciembre de 1993 a Tibhirine, tal como yo la he vivido y después de hacer memoria. Este acontecimiento ha dado un giro a nuestra vida comunitaria; se lo voy a expresar con el texto del H. Christophe aparecido en "Siete vidas para Argelia y para Dios":

*"Al volver del trabajo,
delante del tractor rojo y su cansado ruido,
se abrió la primera Puerta,
me comprometí confiando en la apertura ofrecida en tu fe.
Entré en la paz de tu sonrisa
y amé sobre tu rostro la gloria del Verbo.
Es tan hermoso, tan simple; eres tú quien ha dicho:
'Es así en el corazón,
es decir, hay que abrir las puertas al máximo'.
Maravillado, contemplaba el Evangelio de Dios.
Entre nosotros, el libro estaba abierto, era grande.
Cuando fue abierta la segunda Puerta,
enseguida me estremecí ante este infinito tan próximo,
accesible y pobre como un establo.
Indicándome el interior de la casa,
tú me revelaste el secreto, esa herida hacia el interior.
Invitándome a entrar más adentro, me ofrecías el asilo de
un Reino.
El porvenir entre nosotros es un gran silencio abierto..."*

Discúlpeme, Padre. Ha sido necesario que lo escriba todo. No he podido detenerme a medio camino. Esta poesía expresa tantas cosas, sobre todo cuando se lee después de los acontecimientos... No la conocía; es la primera vez que la leo. Pero se diría que cuando la escribió, Christophe anunciaba ya lo que iba a vivir. Estas misteriosas Puertas escritas con P mayúscula... Se suceden en el tiempo como dos pasajes abiertos hacia el porvenir... El verbo "estremecer" me señala una primera reacción, seguida inmediatamente de otra hecha toda de disponibilidad y de ofrenda... Es muy bello y me sugiere muchas cosas... Por último dice: "Invitándome a entrar más adentro, me ofrecías el asilo de un Reino"... Lo vemos cumplido... él lo ve, y ahora ha entrado en él..."El porvenir entre nosotros es un gran silencio abierto..."

Le mando un abrazo, Padre...

Fr. Jean-Pierre»

Noche de Navidad: 24 de Diciembre de 1993, en Tibhirine

[P. Jean-Pierre]

Contexto

«Los fundamentalistas islámicos, tendencia GIA, habían anunciado que el 1 de Diciembre de 1993 todos los extranjeros deberían haber salido del país; de lo contrario serían asesinados. 12 Croatas acababan de ser degollados en el pueblo vecino de Tamesguida, en su campamento de trabajo. Esto ocurrió el 14 de Diciembre, hacia las 10'30 de la noche. Degollados por ser cristianos, en represalia por los musulmanes maltratados en Bosnia. El testamento de Christian se sitúa en este contexto porque lo comenzó el 1 de diciembre de 1993 y lo terminó el 1 de enero de 1994. Expresa claramente el estado de ánimo en que podíamos encontrarnos entonces: incertidumbre, aprehensión, una cierta ansiedad... ¿Qué iba a ocurrir? "Esto podría suceder hoy", dice Christian en su testamento. Es cierto que nosotros sabíamos que "los de la montaña" no estaban lejos y que podrían llegar en cualquier momento».

24 de diciembre de 1993, hacia las 9:00 h. de la noche.

«Los religiosos acababan de acostarse tras el toque del Angelus. Las Completas no se celebraron esta tarde a causa de las Vigilias de Navidad adelantadas a las 22,45 hs. En la hospedería hay un grupo de 3 ó 4 estudiantes africanos, del Centro de formación administrativa (C.F.A.) de Medea, que han llegado con G.N., para participar en la Misa de media noche... Fr. Paul, entonces hospedero, estaba con ellos en el comedor de la hospedería.

Yo mismo, como sacristán, estaba en la sacristía preparando la Vigilia de Navidad y la Misa de media noche, y el P. Célestin preparaba los cantos, y estaba ocupado en el armario de las fichas, al final del claustro junto a la capilla y a la pequeña puerta que da al patio. El otro extremo del patio da al portal de entrada del monasterio.

Desde la sacristía oí por la puerta abierta un cuchicheo rápido e ininterrumpido de Célestin... Me pregunté: "¿Con quién habla él así?" Al cabo de cierto tiempo, oí que alguien me llama desde el claustro por mi nombre: "¡Jean-Pierre, ven aquí...!" Me volví y, por la puerta, vi un hombre joven vestido de militar con un kalachnikov en la mano. Estaba con el P. Célestin. Comprendí. Fui hacia él y le dije: "¿Qué ocurre?" Ese hombre entró por el portal, vio luz en el lado opuesto, atravesó el patio y vio al P. Célestin junto al armario de las fichas. ¿Cómo reaccionó el P. Célestin? Debió haberse asustado al encontrarse de repente en presencia de un hombre armado y se puso a hablar en voz baja. Cuando pregunté: "¿Qué ocurre?", el hombre, que no debía saber mucho francés, no me respondió; estaba preocupado sobre todo por el P. Célestin. Yo me volví para continuar con mi trabajo. Después llevé la bandeja con el mantel, cáliz y vinajeras hacia la capilla para preparar el Altar. El hombre se puso a gritar: "¡Ven aquí!"... Me dije a mí mismo que habría que obedecer, pensando que podría disparar. Dejé la bandeja y me fui hacia él.

[P. Amadeo]

«Tras el Angelus de la tarde que acaba de tocar Hno. Michel, salí de la capilla y me dirigí a la cocina donde tengo la costumbre de preparar cada noche una tisana muy caliente de tila, recolectada de nuestros árboles, para dormir bien. Eran cerca de las 19,45 hs. cuando salí de la cocina para ir a mi habitación por el claustro, pues está cerca de la del Hno. Luc en la gran sala donde almacena sus numerosos medicamentos en grandes cajas de plástico blanco, según van llegando.

Nada más entrar en el claustro, cerca de la campana pequeña del refectorio, ví al P. Célestin

detrás de un militar armado, precedido del P. Paul, dirigiéndose hacia el portal de salida. Me acerqué y pregunté en voz baja al P. Célestin qué deseaba ese policía. El me respondió: "¿No te das cuenta? Es uno de la montaña". En efecto, el de la montaña se volvió y me dijo: "Todos a la hospedería". El P. Paul que iba delante, me dijo entonces: "¿Dónde está el P. Superior? Quieren verle". De inmediato, creyendo haberle visto pasar, le dije que estaba en la hospedería. En el patio de la portería, "el de la montaña" me cogió de la manga para llevarme. Viendo el drama de una reunión demasiado fácil con todos en la hospedería, me decidí a no asistir. Dejándole plantado me fui a cerrar bruscamente la puerta de entrada del monasterio abierta de par en par... Sin duda los espías estaban fuera, no muy lejos. Nadie reaccionó.

Di la vuelta y entré en el claustro por el portón de hierro que está junto a la portería. Lo cerré... Al volverme me di de narices con el P. Christian. Le dije enseguida que un grupo armado le esperaba en la hospedería. "Ya lo sé", me dijo, "no tengo prisa"... Debería estar pensando en la primera parte de su testamento escrita el 1 de diciembre, en Argel, en la Casa S. Agustín, mientras se disponía a venir a buscarme por la tarde al aeropuerto, el día mismo en que expiraba el ultimátum del GIA, haciendo, desde ese día, a todo extranjero en Argelia, merecedor de la muerte. Nosotros íbamos a ir a Tìbhirine, a impulsos de la primera falsa alarma (No pasó nada). ¿No había escrito ya en esta primera parte de su testamento, que terminó efectivamente el 1 de Enero de 1994, tras haber reflexionado sobre la visita de esta noche: "Si llegara un día...y podría ser hoy...mi vida está entregada a Dios y a este país... me gustaría, llegado el momento, tener ese momento de lucidez que me permitiera pedir el perdón de Dios y el de mis hermanos los hombres..."?»

Se dirigió entonces lentamente hacia la hospedería. Yo cerré el portal hasta no dejar más que una rendija por donde vi lo que pasaba, todas las luces apagadas, excepto las de la hospedería y la luz de entrada a la capilla.

Enseguida vi volver al P. Christian, acompañado de un de la montaña ('Djebelli', como dicen nuestros vecinos: gentes de la montaña). Hablaban sin hacer ruido, a media voz y se detuvieron un poco frente a la estatua de piedra de Nuestra Señora (de la calle "du Bac", traída de Staouéli) que está a la entrada de nuestra capilla.

Los veía bien. Continuaron hablando bastante tiempo, inmóviles, excepto las manos del hombre que, en la penumbra hablaban tanto como él, según es costumbre en los árabes-bereberes y su mímica. No sabía entonces que era el terrible jefe de la región, Sayat-Attya, el que, sin duda, dio la orden de degollar, unos días antes, a nuestros hermanos Croatas... También oía su conversación pero sin entenderla. Escuchaba ansioso... y he aquí que el Djebelli termina por marcharse sin estridencias tras haber reunido a los otros dos que estaban en la hospedería.

[P. Jean-Pierre]

«El Hno. Michel, que estaba en la cocina preparando la bebida caliente para la Cena de Noche Buena en la hospedería, llegó y fue invitado a seguir al hombre que nos conducía hacia la portería. No sabíamos qué pensar de ello. O, tal vez, sin confesarlo, cada uno pensaría: "Ha llegado mi hora". Llegados al patio de la portería, el P. Paul nos cruzó corriendo. Venía de la hospedería donde un grupo armado había entrado y pedía ver al superior. El P. Paul se fue a buscar al P. Christian que estaba en su habitación. Nos reunimos con el grupo que se encontraba en la entrada de la hospedería: G.N., los Africanos, y dos hombres armados tocados con un turbante: era Sayat-Attya. En ese momento no lo supimos, pero no dudamos que se trataba de los terroristas que habían degollado a los Croatas.»

Llegada de Christian

«Al llegar, Christian gritó: "Esto es una casa de paz; jamás entró nadie aquí con armas. Si ustedes quieren discutir con nosotros, entren, pero dejen sus armas fuera..." El jefe cogió a Christian

aparte, a medio camino entre el edificio de la hospedería y la pequeña puerta del patio que da a la calle. Allí tuvieron una entrevista en la que Sayat-Atyya intentó imponer varias condiciones, de las que Christian nos dio detalles a continuación.

Mientras tanto, nosotros estuvimos discutiendo con los otros dos de la montaña, de pie, en el hueco de la puerta de la hospedería. G.N. fue, sobre todo, su interlocutor; conoce bien el árabe. El tema de la conversación era en resumen el siguiente: "No queremos este gobierno, está corrompido y sin religión. Hay que instaurar un gobierno islámico... Vosotros sois religiosos; no temáis nada, no os haremos nada malo..."

El H. Ph. que desde el pasillo de la cocina vio la escena, se puso a salvo y cogió al P. Christophe al que encontró para ir a esconderse en una gran cuba de la bodega.

Esto duró más o menos un cuarto de hora. Mientras tanto, fuera, en la calle, patrullaban un grupo de tres hombres. Hablaron con algunos jóvenes del lugar que se encontraban allí... La gente del pueblo, por este tiempo, era partidaria de los de la montaña. Cuando terminó la entrevista del jefe con Christian, nos dieron la mano y se fueron. Algunos de nosotros sentimos un cierto malestar pensando que esas manos fueron tal vez las que degollaron a nuestros hermanos Croatas.

¿Qué hicimos después?

Estábamos sin aliento. El Hno. Luc dormía apaciblemente en su habitación, sin inquietarse por nada. También otro sacerdote que vino a pasar la noche con nosotros no se fiaba de nadie. G.N. y Christian tuvieron una larga charla en el despacho de Christian. Yo mismo volví a tomar lo que estaba preparando en la sacristía y en la capilla. Lo mismo hicieron Michel y Célestin por su parte. Los dos hermanos, saliendo de la cuba de la bodega, al no escuchar nada, esperaban encontrarnos degollados a todos... La liturgia de la noche de Navidad se hizo tal como estaba previsto. Pero el clima de la oración estuvo profundamente marcado por lo que acababa de ocurrir.

Objetivo de esta visita importuna

Tal como nos lo expuso Christian tras la entrevista con el jefe, éstas son las tres condiciones que puso:

- 1. "Ustedes son ricos -dijo- y tendrán que darnos dinero cuando se lo pidamos.*
- 2. Que el doctor venga a curar a nuestros heridos o enfermos.*
- 3. Que nos den medicamentos.*

Ustedes son religiosos, deben ayudarnos en nuestra lucha por instaurar un gobierno islámico. Deben hacer lo que les pedimos; no tienen elección".

Respuesta de Christian

"Nosotros no somos ricos. Trabajamos para ganarnos el pan de cada día. Ayudamos a los pobres. En lo referente a enviar al Hno. Luc a la montaña, no es posible, primero por su edad y sobre todo por su asma. El Hermano puede cuidar a los enfermos o heridos que vengan al dispensario. En esto no hay dificultad; él cuida indistintamente a todos los que lo necesitan sin preocuparse de su identidad. En cuanto a los medicamentos, da lo necesario a cada enfermo." Christian indicó a este emisario que íbamos a prepararnos para celebrar el nacimiento de Cristo, la fiesta de Navidad... "Perdónenos, pues", respondió él, "no lo sabíamos". Al salir, dejó una consigna: "Volveremos".

[P. Amadeo]

El P. Christian volvió a su despacho, seguido de G.N. que estaba en la hospedería con tres estudiantes africanos del Centro de Formación Administrativo, cerca de Medea, que habían venido para participar en nuestra celebración de media-noche. El P. Christian y G.N. comentaron lo sucedido. Los escuché y comprendí el desarrollo de la intervención de los Djebelli, quién era el jefe, sus exigencias ("Ud. no tiene elección"); que el jefe se había quedado fuera para no introducir armas en la hospedería, cosa que el P. Christian le había prohibido. Mientras, otro Djebelli discutía con G.N. en el pasillo.

En este momento llegó al despacho el P. Celestín muy impresionado. Nos contó que, cuando estaba de rodillas buscando las fichas de canto en el mueblecito de la entrada de la capilla (por el claustro), le encañonaron y se vio obligado a andar de rodillas antes de que ese "de la montaña", el más duro, le dejara levantarse. Pensó que su última hora había llegado...

Sabiendo poco más o menos todo, me retiré a mi cuarto, y al pasar delante de la habitación del Hno. Luc, llamé discretamente a su puerta; estaba despierto y me respondió con su voz ronca... cansado por los cuidados prestados a los enfermos durante todo el día, hasta la tarde: "¿Qué pasa?" Entré cuidadosamente en su cuarto y le puse al corriente de la inquietante visita, que acababa de terminar sin sobresaltos, pues el despiadado jefe, Sayat-Attya, informado por el P. Christian en el patio, de que había venido la noche misma de Navidad, cuando íbamos a celebrar el nacimiento de Jesús, hijo de María, Príncipe de la Paz, se excusó. Pero dijo: "Volveremos; déme una consigna para mí o para mi enviado". Ante la incertidumbre del P. Christian, dijo: "Bien, la contraseña será: "Señor Christian", y reuniendo a sus hombres, dos dentro y tres en el exterior, partieron... El H. Luc, como de costumbre, levantó los hombros, sin mostrar turbación... aparente.

Yo me retiré a mi cuarto a esperar la hora de las Vigilias. Eran alrededor de las 22 horas. No pude dormir... A las 22,30 hs. el P. Christian tocó para despertarnos... Al oír las campanas, el H. Ph. y el P. Christophe, que nos creían a todos degollados, salieron de su escondrijo y se unieron a nosotros en la capilla. A las 22,45hs., confiando en el Dios-Niño que celebramos y en María, su Madre y nuestra Madre, cantamos Vigilias.

[P. Jean-Pierre]

Consecuencias de esta visita para la comunidad

«La primera consecuencia fue, evidentemente, que día tras día, esperábamos verlos de nuevo con sus exigencias. Estábamos decididos a no participar de ningún modo en su guerra; ésta no tenía nada que ver con nuestra vocación monástica ni con nuestra razón de estar en Argelia. Si un día llegaban para pedir un rescate, les entregaríamos una suma simbólica, a título provisional, para librarnos de los pedigüeños y, al punto, abandonaríamos el monasterio. Nos pusimos de acuerdo para ver qué haríamos en caso de una huida rápida, inesperada y saber si era necesario o no tomar medidas de seguridad... adónde iríamos o dónde nos reuniríamos en caso de salir. Decidimos reducir el número de miembros de la comunidad: dos fueron enviados a Francia para visitar a su familia y Ph., que era estudiante, a Argel... Muy pronto, las opciones que eran diferentes al comienzo, se fueron consolidando. Una de ellas era que nuestro voto de estabilidad nos mantenía unidos en lo mejor y en lo peor. El voto, más que a un lugar, nos une los unos a los otros; de suerte que, si teníamos que salir "forzados" debíamos reunirnos en otra parte para continuar "juntos" nuestra vocación común que daba prioridad a la presencia entre los musulmanes.

En segundo lugar, este mismo voto incluía cada vez más la significación de un lazo visible con la Iglesia Argelina sometida a prueba y con nuestros vecinos argelinos. Nuestro Señor y Maestro, de quien hemos recibido la misión en este lugar, es Aquél a quien nos unía nuestro voto de obediencia. Nosotros no estamos sujetos a las órdenes del GIA. Mientras que nuestros vecinos no nos expresen su

deseo de vernos partir, permaneceremos con ellos en un contrato de alianza y de amor, compartiendo sus pruebas y tratando de llevarlas con ellos. La opción de permanecer "desarmados" y "no protegidos" por medidas de seguridad armadas o refugiándonos en otras poblaciones, se afianzó rápidamente, así como la de una elección en común a causa del Evangelio... "como corderos en medio de lobos" con las solas armas de la fidelidad en la caridad y en la fe, con la fuerza del Espíritu Santo actuando en los corazones... fe también en la bondad de las gentes, al ver la confianza que les mostramos al entregarnos, desarmados, en sus manos, en un lugar tan peligroso. Todo esto es algo que ha estrechado nuestra unión mutua y con los vecinos durante los años 94 y 95, mientras se cernía sobre nosotros, cada vez más palpable, como una sombra amenazadora, la sensación de peligro. No ha habido nunca el menor signo premonitorio, a pesar de que de vez en cuando, sobre todo en el dispensario, se produjeron algunas visitas interesadas. El peligro cayó súbitamente sobre nosotros, sin que nadie lo previera... "In manus tuas, Domine"..."

Y así llegó el 21 de Enero, del pasado año 1994. Sin más demora le escribo a Christian a fin de hacerme prójimo de la comunidad de Atlas herida de vida, para más y mayor vida.

«Querido Dom Christian,

Después de tu crónica sobre los acontecimientos vividos en Atlas en diciembre y al comienzo de enero, y después de nuestra conversación telefónica, puedo decirte que estáis muy presentes en nuestro pensamiento y en nuestra oración, tú y tus hermanos de Atlas. He compartido vuestra situación con los miembros de la Casa Generalicia; tú los conoces prácticamente a todos y puedes estar seguro del apoyo fraternal de su oración.

No es difícil creer, como tú lo dices en la crónica, que en comunidad habéis vivido una experiencia de profunda comunión, momento tras momento, recibiendo cada acontecimiento como un verdadero don de Dios. Es todavía imposible prever cómo van a evolucionar los acontecimientos ahora, pero de la forma en que vivís la gracia del "momento presente", podéis estar seguros de que el Señor, cumpliendo su palabra, está con vosotros: "Yo estaré con vosotros siempre hasta el fin del mundo; puesto que allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Y como yo decía en la homilía al comienzo del Capítulo General, él está con vosotros, dispuesto a servirse de medios imprevistos para superar todos los obstáculos y actuar con la gracia de la salvación en esta historia que es la vuestra... y la nuestra (...)

Querido Christian, si puedo hacer cualquier cosa por ayudarte a ti y a tus hermanos, no dudes en decírmelo y haré todo lo que pueda por ayudaros.

Te abrazo muy fraternalmente...»

UNA VISITA CUARESIMAL, EL ANTICIPO DE LA PASCUA

Todo es pascual en la vida de los hijos e hijas de Dios

La noche de Navidad de 1993 fue una "Noche Buena" e inesperada para nuestros siete Hermanos. Pero ya fue mucho menos inesperada la noche cuaresmal del martes 26 de Marzo del presente año. A fines de Noviembre del año pasado, Christian, en nombre de todos, escribía:

«Presencia de la muerte. Tradicionalmente, ésta es una compañía familiar al monje. Esta compañía se ha hecho más aguda a nuestro alrededor por ciertas visitas... Se presenta como un test verdaderamente útil y nada cómodo (Christian, ¿Cómo nos unimos al carisma de nuestra Orden, en la situación presente? 21-2-95).

Un mes antes del rapto, el 27 de Febrero, escribí por última vez a Christian y a la comunidad. La carta nunca llegó a sus manos. La leímos juntos con el P. Amadeo durante mi estancia en Argel. Les decía:

«Nos volveremos a ver en Octubre en el Capítulo General, "Deo volente". Mientras tanto os deseo a todos una ferviente subida hacia la Pascua, una Pascua ya plena de la fuerza y de la alegría de la Resurrección».

Hacia las 10,00 hs. de ese día, martes 26 de Marzo, llego al monasterio de Tilburg (Holanda) junto con el P. André. A la mañana siguiente, día 27, me llama D. Armand desde Roma para avisarme sobre los acontecimientos ocurridos en Tibhirine la noche anterior. Hacia las 14,45 hs. el P. André logra ponerse en comunicación telefónica con el Arzobispo de Argel, Mons. Teissier. Poco más tarde, a las 15,00 hs, comunicación con el P. Jean-Pierre de Atlas. Las primeras noticias nos permiten apreciar inmediatamente la magnitud de lo sucedido. Sin pérdida de tiempo comparto con D. Armand las noticias recibidas y le pido que prepare una *Información urgente a los Presidentes y Presidentas de las Regiones* para ser transmitida a todos los monasterios de la Orden.

Y comenzó así una larga espera cuaresmal y pascual que concluyó poco antes de la fiesta de Pentecostés: del 27 de Marzo hasta el 23 de Mayo de 1996. El día 27 de Abril, al mes del rapto, comunicado 43 de la GIA: intentan un intercambio de prisioneros, las líneas conclusivas dejan poca esperanza: *"Ustedes eligen: si liberan, liberamos; si no liberan, degollamos"*.

El Santo Padre hizo oír su voz durante el Angelus del Domingo de Ramos (31 de Marzo): *"Que puedan volver, sanos y salvos, a su monasterio y reencontrar así su lugar entre sus amigos argelinos"*. Quince días más tarde, visitando Túnez y durante la misma oración mariana, renueva su petición por la liberación de los monjes. Todos y cada uno de nosotros dedicamos una jornada de oración y penitencia el 1 de Mayo, fiesta de S. José, por la liberación de nuestros Hermanos y la paz en Argelia.

Y llegó así el 23 de Mayo. Un nuevo comunicado de la GIA concluye diciendo: *"...Hemos degollado a los siete monjes (...) Esto fue ejecutado esta mañana, 21 de Mayo"*. El resto ya lo conocen.

Pero, ¿qué sucedió la noche del 26 al 27 de Marzo? Aprovechando mi visita a Argel, tuve oportunidad de hablar largamente sobre esto con los PP. Jean-Pierre, Amadeo y T.B. Les pedí encarecidamente que me pusieran por escrito todo lo vivido esa noche en el monasterio. Sus relatos suman varias páginas. Los tres guardan entre sí una gran coherencia y es fácil reducirlos a la unidad. He aquí lo acontecido según palabras de los mismos protagonistas. No son los únicos testigos, pero son los que, hoy por hoy, pueden testimoniar.

MARTES, 26 DE MARZO 1996. 5ª semana de Cuaresma.

[P. Jean-Pierre]

«En la Eucaristía, la última Eucaristía vivida juntos en comunidad, el Evangelio era de Jn 8,21-30: Jesús anunciaba su partida: "Yo me voy y vosotros me buscaréis". A los judíos, refractarios y duros, les predecía su muerte y les daba el sentido... Anunciaba también en ella su exaltación. Al mismo tiempo testimoniaba su confianza y su Paz íntima: "El que me ha enviado está siempre conmigo, no me ha dejado solo porque yo hago siempre lo que le agrada". Los hermanos no podían saber, al escuchar y meditar estas palabras, a aquella hora del mediodía, que ellos iban a ser llevados la noche siguiente, en el mismo misterio...»

[P. Jean-Pierre]

«Como portero de noche que era, yo vivía diariamente en la habitación de la portería, muy cerca del porche de entrada. Esta puerta se cerraba todas las tardes con cerrojo, desde las cinco y media hasta el día siguiente hacia las siete y media. Era el fin de la jornada de trabajo y de acogida en el dispensario... Aquella noche, hacia la una y cuarto me desperté por el ruido de una voz cerca de la ventana de la portería que da al patio... Una conversación en árabe entre 2 ó 3 personas. Dada la hora, comprendí inmediatamente que se trataba de una visita de gentes de la montaña entradas al asalto en la clausura; no habían tocado la campana. Me acerqué a la ventana para observar, sin ser visto, lo que ocurría. No pude percibir al grupo que se encontraba retirado, a la derecha, delante de la entrada. Pero una sombra se dirigía en ese momento hacia ellos; venía de la puertecita metálica que da a la calle; ésta última estaba abierta. Era un hombre armado; tenía una metralleta y se dirigía hacia los otros que estaban delante de la puerta de entrada. Yo me fui al otro lado, a la puerta de cristales que da al porche de entrada al monasterio. Vi a un hombre cubierto con un turbante, metralleta en bandolera, entrando por la puerta que da a la clausura y a la habitación del Hno. Luc. Como la conversación y los gestos no tenían ninguna apariencia agresiva, no pensé en algo grave. Pensé que se trataba de una petición de ayuda médica, como ya había ocurrido antes de modo semejante; y esto, tanto más, cuanto que lo que había podido ver, no me permitió darme cuenta de que los agresores eran unos 20, según diría el guardián. En aquel momento los otros debían estar fuera. Yo pensaba que, al no haberme despertado yo, seguramente Christian se habría adelantado y les habría abierto, dado que la habitación en la que dormía no estaba lejos de la entrada del monasterio. En realidad, según el testimonio del guardián, habían entrado en el monasterio, no por la puerta principal, sino por otra que está detrás de los edificios, en el subsuelo del jardín. Por tanto, llegaron a la habitación de Christian y a la del Hno. Luc pasando por el interior de los edificios. Cuando yo me desperté, ambos se hallaban ya delante de la entrada principal: Christian hablando con ellos en medio del patio y Luc con su cartera de médico en la mano, dispuesto a marchar para acompañar a esas gentes y atender a unos pretendidos heridos graves. El guardián estaba también allí; fue él quien me ha dado estas últimas informaciones... Me puse en oración esperando que todo terminara. En un momento dado oí: "¿Quién es el jefe?", y la contestación que venía de un tercero: "Aquel es el jefe; hay que hacer lo que él diga". En ese momento, siempre según el guardián, se dio la orden de abrir todas las puertas. Oí un ir y venir en el vestíbulo de la entrada, pero de personas aisladas... Y después, nada. La puertecilla que da a la carretera se había cerrado con su ruido característico... Salí para ir a los servicios antes de volverme a acostar. Las luces del claustro habían sido apagadas (fue el P. Amadeo el que las había apagado). Todo me parecía en orden, y por tanto pensaba que Christian había despedido a los de la montaña y se había vuelto a acostar. Una cosa, sin embargo, me parecía curiosa: la ropa que encontré en un local contiguo. Me dije: "¿Habrán pedido ropa que luego no les haya gustado, tirándola aquí al irse?" Instantes más tarde me llamaron a la puerta, la puerta de cristales que da al porche. Era el P. Amadeo, acompañado de T.B. "¿Sabes lo que ha ocurrido?", me dijo. "Estamos solos; se han llevado a todos los demás"».

[P. Amadeo]

«Era la una y cuarto de aquel miércoles 27 de marzo de 1996, cuando me desperté por el ruido insólito de unas cajas de medicinas que se caían haciendo mucho ruido. Yo me dije: "Cuando el Hno. Luc busca una medicina de noche, no hace tanto ruido"».

Entonces oí hablar a media voz cerca de mi habitación, pero no escuché la voz del Hno. Luc ni su tos asmática. A continuación comprobé que estaban ahí, que habían venido en plena noche. ¡Aquello que nunca dejé de pensar que algún día podría ocurrir, se realizaba! En efecto, no habíamos recibido ninguna amenaza desde la famosa noche de Navidad de 1993... en la que el terrible jefe se había

retirado excusándose, interpelado por el nacimiento de Jesús, portador de la Paz, como le decía el P. Christian. Pero nos había dicho que volvería. No teníamos alternativa. El no volvió, ni para obligar a los jóvenes de la vecindad a unirse a ellos, ni para matar a nadie en una emboscada en la carretera de Tibbirine. El P. Jean-Pierre, el Padre R. y el Hno. Luc circulaban por ella con frecuencia para sus encargos. También pudimos continuar con nuestra vida monástica normalmente durante estos tres años, hasta el punto de poder autorizar al Ribat es-Salam a reunirse en el monasterio la víspera misma del drama.

Y he aquí que este comando de unos veinte terroristas enviados desde lejos por los dirigentes, estaban ciertamente ahí, a dos pasos de mi habitación. Acababan de intentar abrirla. Todas las tardes me tomaba el trabajo de cerrarla con llave. Sin duda interesados más por las cajas de medicinas que se hallaban en la gran sala, no insistieron de momento. Miré la hora en mi reloj con una pequeña bombilla cubierta, y era la una y cuarto. Me vestí sin hacer ruido e intenté mirar por el ojo de la cerradura: toda la sala estaba iluminada, y ellos seguían volcando las cajas; pero se hallaban demasiado cerca de la habitación del Hno. Luc y no les pude ver. Seguían hablando entre sí a media voz.

Esperé con calma. De pronto el ruido cesó, sin más, y la luz quedó encendida. Abrí con cuidado mi puerta, sin hacer ruido, y comprobé que ya no había nadie. Pero todo estaba revuelto en la sala. Inmediatamente fui a la habitación de Luc, a pocos metros de la mía. No había nadie y la habitación se hallaba en un gran desorden, con medicinas y libros por el suelo, y desaparecido el transistor nuevo. Adiviné la tragedia, e inmediatamente me fui al despacho de Christian, donde él dormía desde hacía algún tiempo para estar más cerca de nosotros, justo frente a la puerta que, desde la habitación del Hno. Luc, da al pasillo del escritorio. La puerta estaba abierta y la luz del despacho encendida. Todo estaba también revuelto, con papeles por todos lados. No estaba la máquina de escribir electrónica ni la máquina fotográfica. Habían quitado el teléfono de la mesa y cortado los cables, poniéndolo sobre una silla. Pero ni rastro de Luc, ni de Christian. No se escuchaba voz alguna, ni la tos de Luc. Yo me sentía aterrado. Ropas del P. Christian y sus zapatos robados, habían sido abandonados en el rincón del pasillo.

Yo pensé enseguida en nuestros huéspedes del Ribat, en el piso cercano a las habitaciones de nuestros hermanos. Apagué todas las luces y subí por la escalera de la biblioteca. Las habitaciones de los hermanos estaban abiertas y con luz, pero ellos ya no estaban en sus camas deshechas. Por los suelos, papeles esparcidos, cajones volcados, maletas abiertas... ¡nadie! El susto me hizo temer lo peor para nuestros huéspedes que dormían justo detrás de la puerta de separación. Abrí suavemente, y allí todo estaba en calma: la lámpara piloto encendida y las puertas de las habitaciones cerradas. Llamé en la primera, donde se acostaba el P. T.B.»

[T.B., huésped]

«D.P., sacerdote miembro de nuestro Ribat, me despertó diciendo: "T.B., algo anormal pasa entre los Padres". Me desperté sobresaltado y salí al pasillo. Nosotros, J.J., otro sacerdote, él y yo, dormíamos en las habitaciones de los huéspedes, separados de las habitaciones de los monjes por una puerta.

En efecto, oí un removerse de mesas y sillas; ninguna voz: únicamente murmullos que me parecían ser de Célestin. Pensé entonces que estaría enfermo y le estarían queriendo llevar donde el Hno. Luc. Y pensé que sería imposible transportarlo de noche al hospital.

D.P. entreabrió la puerta de comunicación con el pasillo de los monjes y vio a M., el compañero de la portería, apoyado en la pared, inmóvil entre dos puertas, a Célestin también inmóvil y una maleta en el pasillo. M. se dio cuenta por fin de que la puerta se entreabría e hizo señas con la cabeza de no

entrar ni moverse. Cuando D.P. nos indicó esto, comprendimos que "las gentes de la montaña" estaban en el monasterio y yo supuse que los monjes habían sido forzados a reunirse. D.P. volvió a abrir la puerta y ya no quedaba más que la maleta en el pasillo. Y el silencio. D.P. abrió de nuevo la puerta, y ya no estaba ni la maleta.

No era cuestión de hacerse notar ni de salir por la escalera exterior, pues debía haber hombres armados en los alrededores del edificio. Cada uno entramos en nuestra habitación en silencio. Si algo de lo que pasaba nos concerniera a nosotros, el P. Christian vendría a decirnoslo. Creí que había llegado el momento de pasar por la muerte y me volví a acostar; tenía frío pero estaba muy sereno pidiendo al Señor me mantuviese en su paz, suplicándole al mismo tiempo que retrasara el día de ese paso, porque había muchos asuntos administrativos en curso, que me hacían temer mucho por la diócesis en caso de que yo llegara a desaparecer antes de haberlos aclarado un poco. Oí también los ruidos exteriores, pero ningún motor de coche.

En ese momento la puerta se abrió y una luz entró en mi habitación. A la claridad del piloto del pasillo reconocí al P. Amadeo, que me dijo: "T.B., ¿estás ahí? El monasterio está vacío, no hay ni un Padre". Me vestí a toda prisa y comprobé con Amadeo que las habitaciones de los hermanos estaban todas revueltas; la de Paul, que había vuelto de Francia ese mismo día con regalos y dulces para Pascua: todas las cajas de caramelos y chocolates estaban abiertas y vacías salvo una. Quizá pensaron que los chocolates contenían alcohol. Volví más tarde a por esa caja con el fin de meterla en el frigorífico, para cuando volvieran los hermanos. Papeles de caramelos cubrían el suelo. Una sorpresa: el ordenador y la impresora estaban en su sitio.

Bajamos por la escalera hacia la cocina, y allí todo estaba en orden; pero la puerta del frigorífico había quedado abierta. Nada había sido tocado en el refectorio.

En el claustro, la sala que sirve como despacho y para el teléfono había sido abierta. Todo estaba en su sitio, pero el teléfono estaba desconectado.

Fuimos hacia la portería y vimos la puerta grande abierta. Llamamos a la puerta de Jean-Pierre: "Soy Amadeo, ¿estás ahí?". Jean-Pierre nos abrió, vestido. Estaba en oración. ¡Gran alegría de encontrarle! Le comunicamos la desaparición de los Padres, y él nos dijo que había visto hombres armados en el porche y les había visto marchar; pero no había visto a los hermanos con ellos».

[P. Jean-Pierre]

«Fuimos a comprobar el estado de los lugares: la habitación de Christian, la del Hno. Luc... todo estaba en un indecible desorden. Papeles por el suelo, cajones abiertos, incluso los armarios empotrados; mesas abarrotadas de objetos dispares, la máquina de escribir de Christian desaparecida lo mismo que su cámara fotográfica.

Nuestro primer impulso fue avisar al servicio de seguridad, pero encontramos cortados los cables del teléfono de Christian. En secretaría todo estaba en orden: no debieron entrar, aunque allí el teléfono tampoco funcionaba. Más tarde, durante el día, pudimos constatar que habían cortado los cables exteriores. El que comunicaba la vivienda con la casa del guardián estaba caído por tierra. Y también había sido cortado el cable grueso que contiene las líneas del sector cerca de 1,5 Km de la carretera que va a Medea.

Se trataba, pues, de algo muy distinto que cuidar a los heridos. En las habitaciones del piso de Christophe, Paul, Bruno, Michel y Célestin, el mismo desorden. Paul acababa de regresar la tarde anterior de su visita a casa de su anciana madre en Saboya; su maleta había sido registrada y algunas

cosas habían desaparecido. En el pasillo de la sala de lectura, al pie de la escalera, Amadeo reparó en un gran queso de Tamié, colocado delante del Icono de la Madre de Dios. No se lo habían llevado por la cruz que llevaba en la etiqueta. No encontramos los documentos de identidad de ninguno, salvo los de Christian en una pequeña bolsa que posteriormente descubrimos en un archivador, y los del Hno. Luc igualmente hallados entre sus cosas. Según el guardián, los secuestradores habían pedido a los hermanos que llevaran su documentación... Excepto las habitaciones del piso que acabo de nombrar, la habitación del Hno. Luc y el botiquín y la habitación de Christian, parece que ningún otro lugar del monasterio fue registrado. También parece que la salida con los hermanos fue precipitada. ¿Por dónde salieron? No lo sé. Yo no vi nada, ni oí pasar a nadie en grupo, ni voces que hubiera podido reconocer, como la voz ronca del Hno. Luc o su forma de toser. Nada. Si me hubiera dado cuenta que se llevaban a los hermanos, ¿cómo habría reaccionado?»

[T.B., huésped]

«Debíamos avisar enseguida de lo ocurrido, ir a casa de M. a telefonar. El cerrojo estaba echado sobre la puerta que daba al patio de su casa. Llamamos y al fin salieron sus hijos y después su mujer a decirnos: han venido a buscar a M. Su teléfono está cortado».

[P. Jean-Pierre]

«Encontramos muy nerviosa a su esposa. Entonces nos enteramos de que los secuestradores habían empezado yendo a casa del guardián. Le obligaron a abrir aporreando la puerta y rompiendo los cristales, y después a acompañarles al monasterio con el pretexto de llamar al Hno. Luc y conseguir que éste les acompañase para atender a dos heridos graves. Pensamos que el guardián tuvo que ser llevado con nuestros hermanos, puesto que no lo volvimos a ver. Me quedé un momento con su mujer y sus hijos para confortarlos y animarlos a afrontar la situación hasta tener otras noticias».

[T.B., huésped]

«Teníamos que avisar a otros vecinos e intentar telefonar. Con Jean-Pierre cogimos cada uno una linterna y bajamos a casa de A., con la duda de si encontraríamos el camino de su casa, ya que no era fácil por hallarse situada en el terraplén de la carretera. Al mismo tiempo me invadía la angustia, el deseo de volver al monasterio y la necesidad de llamar a A. Por fin di con la puerta de su casa, pero nadie respondía. Subí a la terraza y golpeé con el pie, pero nadie se movió. Entonces se despertaron los perros y empezaron a ladrar. En vista de que nadie salía -cosa que se comprende perfectamente- volvimos a subir al monasterio.

Eran cerca de las 3 de la madrugada. Con Amadeo, J.J. y D.P. que se nos habían unido, decidimos esperar a que amaneciera. Ir a Medea en coche suponía el riesgo de añadir otra víctima más y exponerse a que nos quitaran el coche; ir andando para dar parte a los guardas era exponerse a que no abrieran la puerta, y las patrullas de guardia jamás salen antes del amanecer.

Decidimos, pues, volver a acostarnos; pero Amadeo nos dijo: "No he terminado el rosario" (el rosario que rezaba mientras Jean-Pierre y yo estábamos fuera por la noche). Terminamos de rezar el rosario con Amadeo. Decidimos levantarnos a las cinco. Yo tenía gran paz en el corazón, con la conciencia de que de momento no se podía hacer otra cosa. A las cinco y cuarto nos volvimos a encontrar en el claustro D.P., Jean-Pierre y Amadeo. Me dieron ganas de tocar la campana para maitines, para indicar a todos que la vida continuaba, pero me contuve pensando que también serviría para informar a los secuestradores de que no se habían llevado a todos los monjes... Empezamos el Oficio. Me sentía orgulloso de suplir en el coro, como podía, el lugar de los hermanos secuestrados. Al final del 2º salmo, D.P. y yo no conseguimos seguir el tono monástico y decidimos recitar los salmos.

Después del Oficio, tomamos un buen desayuno.

Amaneció. Jean-Pierre y yo bajamos a casa de A. Subí a la terraza para llamar golpeando con los pies. Los hijos terminaron por fin saliendo fuera y les informamos de lo sucedido. En aquel momento M. me llamó desde el otro lado de la alambrada. Estaba en el jardín y a salvo: se había escondido. Enseguida nos preguntó por su familia y los hermanos. Fuimos a buscarlo, estaba agotado. Nos contó lo que había vivido y como se había escapado.

Era urgente dar parte al ejército y a la policía. Decidí ir con Jean-Pierre y dejar a M. descansando un poco, pues temía el interrogatorio de la policía. Jean-Pierre me propuso ir primero al comandante del puesto militar, conocido suyo.

Salimos en mi coche con Jean-Pierre, descendimos hacia Draa ess Mar para avisar al ejército. Había niebla espesa.

Al llegar cerca del cuartel, junto a la antigua iglesia, me crucé con el militar de guardia, y me dijo que el comandante estaba todavía acostado -eran las 7h.-; le pregunté al oficial de guardia: "Está abajo en la ciudad; subirá" "¿Cuándo?" "Muy pronto". Le pedí que despertara al comandante; él no podía hacerlo. Decidimos ir, sin esperar, a Medea para avisar a la policía. Cuando llegamos eran las 7'15 h. El Comandante de la Guardia Civil estaba a punto de salir para realizar una operación prevista con tres coches. Nos recibió inmediatamente, pero no mostró la menor impresión ni sorpresa por lo que le contamos. -Todo lo hablamos en árabe-. Entonces informó inmediatamente por teléfono al General de la Guardia Civil, luego me dio permiso para avisar al P. Henri Teissier y me dio su teléfono. Henri Teissier me preguntó si podía avisar al embajador de Francia; le comuniqué su petición al Comandante de la Guardia Civil que, tras un tiempo de vacilación, dio su beneplácito. La Guardia Civil avisó al "Servicio de Prensa Argelino" que dio a conocer la noticia por la mañana. Quedé muy impresionado de la excepcional rapidez con que se hizo todo.

Pero el Comandante debía salir para realizar su operación. Por eso nos confió a un adjunto. Nos trajeron un café. Esperamos. No había más coches disponibles para formar un convoy hacia Tibhirine.

Un oficial vino para escuchar nuestra declaración hacia las 9 h. Todo en árabe. Yo hice de traductor, y releí los textos de la declaración antes de firmarlos. La Guardia Civil tenía una hoja con las direcciones de todos los monjes franceses. Amadeo, que es argelino, no estaba en la lista. Hubo que buscar a Bruno en una hoja más antigua. A las 11 h. nos dejaron marchar. Todos los guardias con los que tratamos se mostraron amables y atentos. Ninguno hablaba francés. Algunos me pareció que conocían bien algunos textos del Islam y que eran poco sensibles a las otras religiones. Hicieron apologética.

En el camino de regreso, observamos que un equipo de "Correos y Telégrafos" estaba arreglando el cable telefónico que cortaron en la cuesta del puerto, a la altura de la entrada del antiguo parque de recreo.

Cuando llegamos al monasterio, constatamos que todos los miembros del Ribat habían bajado a Argel; sólo D.P. se quedó porque no había más plazas libres en los coches. Yo decidí quedarme con Amadeo y Jean-Pierre el tiempo necesario. D.P. pensó que sería mejor para él juntarse al grupo en Argel y Jean-Pierre pensó en el coche del P. L.C., ausente de Argel en este momento y que estaba estacionado en el monasterio. D.P. se fue, pues, a Argel con este R 4 que estaría mejor en la Casa Diocesana.

Un primer grupo de Guardias Civiles había venido hacia las 10 hs. a tomar declaración de los

hechos. Pero en todo el día no vimos movimientos de tropas en la región. Los vecinos no fueron interrogados.

Es mediodía, momento de celebrar la Misa y cantar Sexta. Celebración intensa. Amadeo y Jean-Pierre me pidieron que presidiera. Me invadía una gran paz con la alegría de compartir esta jornada con los dos hermanos monjes. Me encontraba bien en mi sitio en este momento. Llamativa presencia de nuestros hermanos desaparecidos en esta capilla vacía».

[P. Jean-Pierre]

Hacia mediodía celebramos los tres la Eucaristía en la capilla del monasterio. T.B. presidió. Nos comentó los textos del miércoles de la 5ª semana de Cuaresma en relación con lo que había sucedido. El relato del libro de Daniel sobre los tres jóvenes en el horno fue muy elocuente. Prefirieron ser arrojados vivos al horno antes que obedecer las órdenes del rey y de adorar a dioses falsos. Atados, se vieron libres, intactos en medio de las llamas, alabando a Dios con un solo corazón. Su valentía, su fidelidad a Dios y la intervención poderosa del Señor provocó un cambio radical en el ánimo del rey: se puso él también a bendecir a Dios, el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago...»

[T.B., huésped]

«Amadeo y Jean-Pierre me confesaron que no sabían cocinar, y me sentí dichoso de preparar la comida. El Teléfono reparado no dejó de sonar. La primera llamada vino de un primo del Hno. Luc pidiendo noticias, pues su hermano, que está en el Congo, le informó del secuestro de los monjes. Después los periodistas con una insistencia agobiante; me negué a hablar.

Logramos terminar de comer. Durante la vajilla, llamada telefónica de la Sra. de Chergé y de Clara que se preocupaban de los monjes que habían quedado; les preguntaron cómo se encontraban y les dieron ánimos. Constatamos que las dos grandes marmitas de la cocina estaban llenas, una de sopa y la otra de alubias. Luc dejó preparada la comida para todos -9 monjes y 12 miembros del Ribat- durante la noche, como solía hacerlo a menudo, justo antes de que se lo llevaran.

Decidimos descansar hasta Nona. Cuando terminamos el Oficio llegó un destacamento de policías para hacer el atestado y sacar fotografías. No habíamos tocado nada hasta su llegada. Los policías se sorprendieron de la simplicidad de vida de los monjes. Estaba con ellos un destacamento armado y me acordé de la actitud tomada por Christian en la noche de la visita del 24 de diciembre de 1993, y rogué a los hombres armados que salieran del claustro y esperaran fuera: "Esta es una casa de paz y de oración, aquí no se entra armado". Salieron sin la menor resistencia.

A continuación, el responsable de la seguridad nos pidió que no pasáramos la noche en el lugar. Nos propusimos pasar la noche en casa de G.N., que dejó las llaves en el monasterio. Además, poco después nos llamó por teléfono desde París para darnos instrucciones. La policía nos quería hacer compañía hasta la noche, y convenimos que hasta las 7 de la tarde. En aquel momento llegó un vecino con una cogulla que encontró en un camino a 600 metros del monasterio. Era la cogulla de Michel. Me imaginé que Michel se había llevado su cogulla para morir con el hábito coral. Amadeo, Jean-Pierre y yo comenzamos a ordenar las habitaciones de los hermanos; buscamos su documentación, sin encontrarla. Comprobamos que todos se habían llevado su maletín de mano. M. nos dijo que el grupo armado había pedido a los hermanos que tomaran su documentación.

Cerré con tablones las puertas y todas las entradas del monasterio. Cantamos Vísperas y cenamos la sopa y las judías con ensalada que había preparado Luc. Cogimos lo necesario para pasar la noche, y una maleta con los objetos preciosos y el dinero.

Escortados por dos coches de la policía, salimos para Medea. Cuando llegamos a la altura del Gran Hotel Msala, el coche de cabeza se desvió para entrar en el hotel. Yo seguí hacia la casa de G.N., pero el coche que me seguía me tocó el claxon para que me parase: debíamos ir al hotel. El lugarteniente me explicó que el Wali nos había reservado dos habitaciones. Entramos los tres en ese hotel con las sábanas bajo el brazo. Fuimos recibidos en gran forma. Nos invitaron a pasar al restaurante para cenar: nos excusamos porque ya habíamos cenado. Nos invitaron a tomar un café. Fue un espectáculo admirable y emocionante: nuestros dos hermanos con su blusón y su bonete de lana, sentados a la mesa del restaurante, rodeados del Director del Hotel, del Comandante de policía, del Jefe del gabinete del Wali y el Jefe de seguridad de la wilaya, que habían venido a recibirlos. Todas las personas que encontramos estaban conmovidas por lo ocurrido.

Subimos a nuestras habitaciones: dos habitaciones de dos camas que comunican por una puerta, con baños. Delante de cada puerta pusieron una patrulla de guardias civiles. Citamos a la Guardia Civil a las ocho de la mañana del día siguiente. Cantamos Completas y descansamos. Dije a los hermanos que me perdonasen pues no me iba a levantar para celebrar el Oficio Nocturno. Por la mañana, después de Laudes, bajamos a desayunar. La Guardia Civil estaba allí, y regresamos al monasterio.

Hice el plan del día con el teniente de la Guardia: saldremos para Argel hacia las cuatro de la tarde. Durante la mañana iría como chófer con Amadeo, que tenía cosas que hacer en Medea, y pedí al teniente que no nos pusiera una escolta de dos coches para no asustar a la gente de Medea. Lo autorizó: Un coche iría detrás discretamente.

Fuimos con Amadeo a sacar dinero del Banco, y a pagarle al que suministra el fuel, que había llenado el depósito del monasterio, y volvimos. En todos partes nos acogieron con una bondad llena de tristeza.

En el monasterio, vimos lo que teníamos que llevar: los archivos, objetos valiosos, el material electrónico, las provisiones que se podían estropear. Amadeo pagó a los obreros. El Arzobispo, desde la Casa Diocesana de Argel, nos ofreció ayuda: P.L. y P.R., el ermitaño, ausente en el momento del drama, vendrían para ayudar a transportar las cosas. Una protección militar se puso a custodiar las puertas del monasterio.

Preparé la comida. A las doce y media celebramos Misa y Sexta. Y cuando nos pusimos a comer llegaron Pierre y P.R. Cerré todas las puertas para que los militares no anduviesen rondando por la casa. A la mitad de la comida, M., el guardián, llamó por teléfono: "¡Está todo cerrado, no podemos entrar; están el Arzobispo, el embajador de Francia y el Wali!". Los hermanos decidieron recibirlos en la sala capitular.

Fui a abrir la puerta grande para recibirlos. Detrás de las autoridades se precipitó un tropel de hombres armados. Les salí al paso en el claustro y les expliqué el carácter de la casa. Aceptaron cortésmente y retrocedieron hasta la puerta exterior.

Los hermanos relataron de nuevo los hechos al embajador y al Wali. Dimos las gracias al Wali por la protección y por la acogida en el hotel, hablamos sobre las medidas de seguridad para la casa y prometimos marcharnos a las 16h. Los hermanos tenían permiso para volver al monasterio durante el día. Una escolta nos acompañó hasta Argel. Cuando las autoridades se retiraron, el arzobispo invitó al embajador a visitar la capilla con los hermanos, yo pregunté al Wali si él deseaba también entrar en la capilla; al contestarme afirmativamente, le invité a entrar conmigo. El comandante de la Guardia quería entrar detrás, pero le hice una señal con la mano y comprendió amablemente que no era conveniente, lo mismo que el guardaespaldas del embajador.

El cortejo se retiró. Teníamos una hora para terminar de cerrar la casa y de cargar los coches. Los hermanos dejaron su R 4 a disposición de M. para que pudiera ir a dormir a Medea. P.R. quería quedarse en el monasterio. Como prometimos que nadie se quedaría a pasar la noche en el monasterio, insistí con firmeza para que descendiera con nosotros.

En ese momento, un oficial de la guardia se dió cuenta de que no habían interrogado a Amadeo. Como es argelino no estaba en la lista de extranjeros. Estuve presente en su declaración y releí el texto árabe antes de que lo firmase. El oficial de la guardia se extrañó de que dejáramos todo allí; le respondí que era natural, puesto que los Padres iban a volver.

Nos aseguramos de que estuviera todo apagado y cerrado en la hospedería y en el monasterio. Cargamos los coches. Nos despedimos de todos los vecinos. "No nos dejéis, tenéis que volver".

Delante de nuestros dos coches iba un coche de la guardia y, detrás de nosotros, dos coches armados. Al llegar a Argel me puse a la cabeza del cortejo para guiarlos a la Casa Diocesana donde llegamos hacia las 17,30 hs.

Me sentí feliz de haber vivido estas dos intensas jornadas con Amadeo y Jean-Pierre, tan serenos, tranquilos y humildes; de haber experimentado la fuerza que viene de Arriba para recalzar en cada momento lo que hay que hacer sin preocupaciones inútiles; de haber apreciado el desarrollo regular de una jornada monástica, sorprendido de haber pasado tan cerca de la muerte y sintiendo por ello una nueva libertad. "¡Ojalá pase el tiempo que me queda dándote gracias!"»

La semana siguiente

[P. Jean-Pierre]

«Permanecemos en la casa diocesana hasta el sábado siguiente, día en que llegó Dom Armand Veilleux de parte del P. General. Venía a prodigarnos, durante diez días, hasta el jueves 11 de abril, toda su solicitud y su presencia fraterna. Así pues, nos volvimos a encontrar los tres juntos en las Glycines donde el P. Georges nos reservó a cada uno una habitación en un barrio tranquilo y silencioso... Día tras día, el P. Amadeo y yo esperamos allí noticias de nuestros queridos desaparecidos. Hacia finales de abril decidimos irnos a Fez a primeros de mayo, en principio los dos... luego yo solo, cuando nos dimos cuenta de que en Tibhirine, P.R. y nuestros vecinos, tenían un gran interés en que mantuviéramos con ellos un vínculo concreto. Dejé Argel para irme a Fez el 3 de mayo...

La lámpara del Sagrario de nuestra capilla de Tibhirine se apagó en esa triste noche del 26 al 27 de marzo. La capilla habitada por los cantos y las oraciones en las Horas del Oficio Divino desde 1937 se quedó de repente silenciosa y vacía: "¿Hasta cuándo, Señor?". "No es más que un hasta luego", cantan nuestros corazones. "Nuestros Hermanos se han ido". Era el tiempo en que iba a comenzar la gran semana pascual. Les esperaba una dura y larga prueba mientras se acababa el tiempo pascual, durante la semana de preparación para Pentecostés: "¡Ven Espíritu del Señor, ven, aleluya!" Llamada al Espíritu Santo para que venga sobre la Iglesia, sobre el mundo... Han sido apresados en la Obra de Dios hasta lo más profundo de su ser, cuerpo y alma... y por medio de ella... se les conceden sus más fuertes aspiraciones de no ser más que una sola cosa con Él y de seguirle adonde quiera que vaya... ¡Maravilloso es el Señor! Todo mi corazón le canta. ¿Qué les tocará a los que quedan? ¡¡¡Ya veremos!!! Sorprendidos y sobrecogidos por la gran solidaridad que el drama ha suscitado, solidaridad en la turbación, la pena y la oración, solidaridad también en la esperanza».

UNA SABIDURIA QUE PROVIENE DE HACER MEMORIA

Maestros y místicos en la Escuela de Caridad

La sabiduría cristiana consiste en el proyecto divino de salvación. Este proyecto encuentra su cumbre y fuente en la Pascua de Jesucristo. Por eso Jesucristo es la "Sabiduría de Dios" (1Cor 1,24). Ejercitarse en la sabiduría es recordar y guardar en el corazón las intervenciones salvíficas de Dios en la historia, poniendo además en obra las normas de conducta que de ellas se derivan. María, la Madre de Jesucristo, es invocada como Sede de Sabiduría por un doble motivo: por haber engendrado en su seno a la Sabiduría encarnada y por haber engendrado en su corazón la sabiduría que proviene de rumiar, ponderar e interpretar las palabras y la gesta salvadora del Cristo Señor.

El Señor ha obrado poderosamente en la vida de nuestros Hermanos. Su obra en ellos es también palabra. En las páginas precedentes les hemos dejado expresarse; ellos mismos nos han contado su historia y nos han desvelado su sentido. Sigue siendo verdad: Dios revela sus secretos a sus amigos, los profetas.

A partir de su pascua nuestros siete Hermanos han comenzado a obrar maravillosamente en la Orden... y en la Iglesia. Es hora de ponernos nuevamente a la escucha de lo que el Espíritu, obrando en ellos, habla a la Iglesia y al mundo; habla y enseña en esta escuela de escuelas de caridad que es la Orden.

Hay un primer mensaje destinado a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. La pascua oculta y silenciosa de estos Hermanos se ha convertido en voz evangélica que clama sin ambigüedad.

-Petición de perdón a Dios por los agresores. Sólo el perdón puede romper la cadena del odio y de la violencia. Perdonar es un acto de profundo respeto que permite descubrir en el ofensor, más allá de toda semejanza, la imagen de Dios. Perdonar es reconocer y proclamar que, no obstante nuestra maldad e ignorancia, Dios nos reconoce a todos como hijos e hijas entrañablemente amados. Perdonar es testimoniar, pese a todo, la filiación divina y la fraternidad universal. La palabra de perdón es la palabra más concordante con el corazón del mártir en cuanto testigo fiel del amor.

«Desearía, llegado el momento, tener ese instante de lucidez que me permita pedir el perdón de Dios y el de mis hermanos los hombres, y perdonar, al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiera herido...» (Christian, Testamento Espiritual).

-El mártir que entrega su vida perdonando no acusa ni culpa a nadie. Un grupo extremista no es representativo de un pueblo; nada más absurdo que culpar al pueblo argelino o al mundo islámico por lo sucedido. Pero tampoco culpar a los autores físicos del drama. Hay que confiar en que la palabra de perdón puede disipar toda ignorancia y maldad permitiendo proyectar luz sobre sí mismo y espacios de libertad para convertir la propia existencia. Todo ser humano merece ser amado.

«En efecto, no veo cómo podría alegrarme que este pueblo al que yo amo, sea acusado sin distinción, de mi asesinato. Sería pagar muy caro lo que se llamará, quizás, la "gracia del martirio" debérsela a un argelino, quienquiera que sea, sobre todo si él dice actuar en fidelidad a lo que él cree ser el Islam. (...) Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este "A-DIOS" en quien te veo. Y que nos sea concedido reencontrarnos, ladrones bienaventurados, en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío. ¡AMÉN!» (Christian, Testamento Espiritual).

-Los mártires del amor son los verdaderos artesanos de la paz. No se trata sólo de ser paciente y soportar o tolerar el mal. Tampoco es suficiente ser pacífico pues a nadie se le hace o desea el mal. Se trata de algo más: edificar y construir la paz con la donación de la propia vida. Nadie se la arrebató, la entregan.

«Yo no creo que la violencia pueda extirpar la violencia. No podemos existir como hombres sino aceptando hacernos imagen del Amor, tal y como se ha manifestado en Cristo; quien, siendo justo, quiso sufrir la suerte del injusto» (Luc, Carta del 24-3-96).

-La vida humana tiene un sentido -es sendero hacia una meta- y sólo se le encuentra cuando la vida es donada en ofrenda pura y gratuita. Si la vida es un don recibido, entonces vive y hace vivir quien convierte su vida en un don ofrecido. Recibir y ofrecer es amar. Amar es vivir. Vivir es amar. Y la muerte puede ser el último acto de amor capaz de dar sentido eterno a la vida.

«No hay verdadero amor a Dios sin consentir sin reservas la muerte» (Luc, carta del 19-3-95).

El Espíritu habla también hoy a la Iglesia universal y a todas las Iglesias locales. Y es esto lo que les dice.

-El diálogo interreligioso cristiano-islámico tiene ahora nuevos motivos para continuar: siete vidas donadas son un buen fundamento para la mutua comprensión. Sabían que los hechos hablan más que tantas palabras.

«No teniendo los conocimientos lingüísticos y religiosos necesarios para entrar en diálogo con el Islam, yo me siento llamado más simplemente a la escucha. Y es Dios, escuchado en su Verbo enviado, quien me invita a escuchar, a acoger toda esta realidad extraña, diferente. Hasta sentirme como responsable de ella: que el Espíritu la conduzca hacia la verdad completa. Y si podemos hacer este camino juntos, ¡mucho mejor!, y se podrá hablar y callar, mientras se va haciendo el camino»(Christophe, Diario, 30-1-96).

«Tenemos que ser testigos del Emmanuel, es decir, del "Dios-con". Hay una presencia de "Dios entre los hombres" que debemos asumir nosotros. Es desde esta perspectiva como comprendemos nuestra vocación de ser una presencia fraternal de hombres y de mujeres que comparten la vida de musulmanes, de argelinos, en la oración, el silencio y la amistad. Las relaciones Iglesia-Islam son aún balbucientes porque aún no hemos vivido bastante junto a ellos» (Christian, Reflexiones para la cuaresma, 8-3-96).

-Los siete mártires de Atlas son fruto maduro de la iglesia local y del pueblo argelino: decidieron permanecer a fin de seguir viviendo desde ella y para ellos hasta el fin. Desearon ser Iglesia en Argelia para el pueblo argelino.

«Si nos ocurriera algo -no lo deseo-, queremos vivirlo aquí, en solidaridad con todos estos argelinos y argelinas a quienes les ha costado ya la vida, nada más que solidarios con todos estos desconocidos, inocentes... Me parece que Aquél que nos ayuda hoy a resistir, es el que nos ha llamado. Esto me deja profundamente maravillado» (Michel, carta del 4-94).

«Certeza de que Dios ama a los argelinos, y que, sin duda, ha elegido probárselo entregándoles nuestras vidas. Pero, ¿les amamos de verdad? ¿les amamos bastante? Minuto de verdad para cada uno, y grave responsabilidad en estos tiempos en que nuestros amigos se sienten tan poco amados. Lentamente, cada uno aprende a integrar la muerte en este don, y con ella las otras condiciones de vivir juntos que es exigencia de gratuidad total. Algunos días todo esto parece poco razonable. Tan poco razonable como hacerse monje...» (Christian, circular de la comunidad del 25-5-95).

-Dios se vale de lo más pequeño para edificar cosas grandes: solamente los oscuros testigos de una esperanza llegan a ser mártires luminosos del amor. Optaron por ser pequeñas semillas enterradas para que crezca el árbol gigante del Reino.

«¿Qué quedará dentro de unos meses de la Iglesia de Argelia, de su visibilidad, de sus estructuras, de las personas que la componen? Poco, verosímilmente muy poco. Sin embargo, yo creo que la Buena Nueva está sembrada, el grano germina (...) El Espíritu opera, trabaja en profundidad en el corazón de los hombres. Estemos disponibles para que El pueda actuar en nosotros mediante la oración y la presencia amante a todos nuestros hermanos» (Paul, carta del 11-1-95).

«Nuestra Iglesia ha sido duramente sacudida, sobre todo en nuestra diócesis de Argel. Reducida, golpeada, ha hecho la experiencia abrupta del despojamiento y de la gratuidad, inscritos tanto en el Evangelio como en cada una de nuestras vocaciones en el seguimiento de Jesús. Vulnerable, frágil hasta el extremo, se muestra sin embargo también más libre y más digna de crédito en su voto de "amar hasta el extremo"... (Christian, ¿Cómo nos unimos al carisma de nuestra Orden, en la situación presente? 21-2-95).

«Heme aquí ante ti, oh mi Dios... Heme aquí, rico en miseria y pobreza, y de una cobardía sin nombre. Heme aquí ante ti que eres Amor y Misericordia. Ante tí, pero sólo por tu gracia, heme aquí todo entero, con todo mi espíritu, todo mi corazón, toda mi voluntad (Bruno, 21-03-90).

«Ante la muerte, dime que mi fe -Amor- permanecerá. A menudo me siento asustado de creer». (Christophe, Diario, 1-12-94).

También hay una palabra para nosotros monjes y monjas de la OCSO. Para nosotros, que después de nueve siglos de existencia nos preparamos para entrar en el nuevo milenio con corazón renovado y dilatado.

-Siguieron a Jesús, hasta el fin, según el radicalismo absoluto del evangelio. Asumieron sus actitudes y opciones. Abrazaron su destino. Fueron desfigurados con Él para ser configurados con Él. Tomaron sobre sí la cruz de la abnegación a fin de acelerar la venida del Reino. Nada antepusieron al amor de Cristo, Siervo de los siervos de Dios.

*«Yo te pido en este día la gracia de hacerme servidor
y de dar mi vida
aquí
en rescate por la paz,
en rescate por la vida.
Jesús, atráeme*

*en tu gozo
de amor crucificado».*
(Christophe, *Diario 25-7-95*).

-Se lanzaron hacia el misterio hasta ser plenamente transformados por Él. Una misteriosa influencia les permitió experimentar el misterio hasta ser convertidos en luz y en fuego. Nuestros siete místicos nos tienden la mano para introducirnos también a nosotros en la gloria transformante de Dios. Nos invitan a fijar la mirada en la oscuridad de la tiniebla hasta contemplar el rostro de Alguien. Nos dicen que no hay trascendencia sin transparencia e inmanencia. La Palabra y la Eucaristía son la puerta de acceso al corazón de Dios, fuente de toda transformación.

«Tú me hablas -cuando yo digo y canto: En cuanto a mí, gracias a tu amor, Llego a tu casa.

Allá en mí - tan lejos, tan cerca:

*En Ti, yo accedo a mi yo,
entregado al amor
con el que Tú eres amado,
si alguien me ama*

*-y ¿cómo decir que te amo
sino gracias a tu mismo Aliento?
Nosotros vendremos a él
Yo y mi Padre».*

(Christophe, *Diario 4-3-94*).

-Vivieron, murieron y entraron juntos a la vida eterna. La comunidad es el lugar sagrado de la revelación de Dios. El amor los soldó con solidaridad imperecedera. Poco cuenta la vida común sin comunión de vida. La Koinonía hace visible al Resucitado haciendo todas las cosas nuevas. No buscaron su propio interés sino el de los demás; por eso el Señor los introdujo juntos y al mismo tiempo en la vida eterna.

«Escucha, Iglesia: Yo soy.

Escucha, yo en ti, como el Padre y yo, Él en mí y yo en Él, somos Uno.

Escucha: yo soy en ti la Resurrección: la Vida.

*Gracias a ti (en ti, contigo),
yo atravieso la muralla.*

Mi pecado está levantado ante mí

*- esta falta de amor dado a mis hermanos
- gracias a ti, no permanezco
- no demasiado tiempo
- espantado, desesperado...*

Atravieso la muerte.

*Cuando mi existencia fraterna sea vivida desde aquel otro lado
porque tú deseas vernos llegar juntos a esa Vida eterna.*

Hoy tú me dices:

*levántate,
ve hacia ti mismo,
hacia tu Yo pascual».*

(Christophe, *Diario, 30-10-94*).

La Navidad de 1993 fue para la comunidad de Atlas una experiencia que marcó su vida. Dos años más tarde reconocían que: *«Por medio de este acontecimiento nos hemos sentido invitados a nacer. La vida del hombre va de nacimiento en nacimiento (...). En nuestra vida hay siempre un niño que dar a luz: el hijo de Dios que cada uno de nosotros somos»* (Christian, *Reflexión cuaresmal*, 8-III-96).

También nosotros, monjes y monjas cistercienses, con lo acontecido a nuestros Hermanos, estamos invitados a renacer. El camino ha sido trazado, no hay más que andarlo.

Con Jesús, todos juntos, hacia el Padre.
Desde la Orden, por la Iglesia, hasta los confines de la humanidad.
Inculturados, discernientes, ecuménicos y dialogales.

No se trata de morir sino de radicalmente vivir. Y si el precio de la fidelidad es la muerte, a pagar ese precio, sabiendo que así se compra la Vida.

«Oh Jesús, yo acepto con todo mi corazón que tu muerte se renueve, se cumpla en mí; yo sé que contigo se vuelve a subir desde ese vertiginoso descenso a los abismos a proclamar al demonio su derrota». (Célestin, *Antifona pascual*).

El auténtico caminante asienta con firmeza los pies en el presente y los eleva con presteza hacia el futuro sabiendo que el Señor guía sus pasos. El camino se abre andando cuando hay música y canciones en el corazón. En una carta póstuma el mismo P. Célestin con toda sencillez decía:

«Al atender mis servicios cotidianos (y esto me ayuda cada día), canto esta mañana dos pequeñas frases: "Oh Dios, tú eres la Esperanza de todo viviente"; y "¡Maravilla de tu gracia! Tú confías a los hombres los secretos del Padre"» (Carta del 22-1-96).

Con un abrazo en María de San José

Bernardo Olivera
Abad General